

José Balza

SOBRE GUILLERMO SUCRE

I

Todo empieza en un río y una ciudad reverberando sobre una roca.

Tiene ahora catorce años y todo lo ha perdido: dos frases distribuidas en un poema de Guillermo Sucre, que pueden referirse exclusivamente al sujeto del texto, pero que hemos traído aquí para aludir a ciertos datos en la biografía del escritor.

Allí está el muchacho, al atardecer, en el malecón, con las piernas colgando sobre las aguas. El lugar, que se suspende sobre una roca, es Ciudad Bolívar; y la terrible corriente de las aguas en invierno tiene un nombre: el Orinoco. *Sabe que algún día ya no estará allí. Tiene ahora catorce años y todo lo ha perdido. Quiere fijar la luz, transparentar el río. No se conoce ese aire o esa luz para sobrevivirlos. Esa piel de las piedras, cálida, ya no volverá a tocarla. Levanta la mirada. Un rostro ya tostado por el sol, ya también aborto. Un dios. Lo siente: hay un dios con él. O hay un dios que es él, que está en él. Solitario y hostil. Un adolescente que conoce la muerte.*

Allí está el muchacho, en el malecón. Antes de ese instante, su padre, Juan Manuel Sucre, y su madre Inés Figarella, han tenido cinco hijos en el matrimonio. Guillermo Sucre es el último, y nació el 14 de mayo, en 1933. La madre venía de El Callao; el padre trabaja como comerciante de la casa Blohm; pero la familia vive en un lugar de grandes cielos y de súbitos boscajes: Tumeremo. Aquí nace Guillermo. La fiebre amarilla derriba al padre en 1934, casi a punto de cumplir cuarenta años (*Voy y veo la muerte que alumbra / Con mano ciega cierro sus ojos / Su nombre fue Juan / soleada sílaba de sílex / Sometió ríos espesas fronteras / La tierra le fue más ancha que sus sueños*). Entonces la familia emigrará a Ciudad Bolívar. Aquí ocurrirán los estudios de primaria, la noción de la ciudad y su río y, en el comienzo de la adolescencia (de Guillermo), la cercanía con su abuelo: Juan Manuel Sucre Arrechdera. Este posee una biblioteca a la cual acude, con irregularidad, el muchacho. Lee allí una biografía de Antonio José de Sucre, textos de Historia, libros de cronistas. También algunas novelas de Dumas y las *Rimas* de Bécquer. El abuelo ha escrito, por su parte, un *Diario* sobre la Revolución Libertadora, es Miembro de la Academia de la Historia, colabora con el periódico local "*El Luchador*", donde publica bajo el significativo seudónimo de Juan de la Cruz.

Pero este abuelo, que había cambiado la pajilla por su gorra vasca, que se reconoció en la vida vertiginosa del hijo que llevaba su nombre, guardaba, para Guillermo el niño, un tesoro singular: la granja "Las Acacias" en El Manacal, a donde la familia iba con frecuencia. (...esa otra claridad que es el frescor en el sígilo de la tarde, lejos el Manacal manando agua ¿Vivir será también así, abuelo?).

En el malecón, sobre las fuertes aguas, está el muchacho

de catorce: sin saber que dentro de dos años volverá por fin, en vacaciones a Tumeremo, de donde salió muy pequeño; que tendrá de nuevo las calles y las arboledas amadas por sus padres: pero que ninguno de ellos estará allí. Porque en agosto de 1945, Guillermo se traslada a Caracas, iniciando el Bachillerato del Liceo de Aplicación. Uno de los hermanos lo ha precedido. La extensión, la sorpresa y el fresco clima de la nueva ciudad, lo acogen, lo enamoran. Viven en una casa de El Pinar, cerca del puente "9 de diciembre". Todo podría ser espléndido, pero una crisis de salud impone que la madre sea operada, y muere. Nada de esto sabe el muchacho del malecón, aunque *hay un dios con él. O hay un dios que es él, que está en él. Solitario y hostil. Un adolescente que conoce la muerte.*

Después, en Caracas, los hermanos viven en un apartamento por El Silencio. Guillermo cursa quinto año de bachillerato en el Liceo "Andrés Bello", que es dirigido por Dionisio López Origuela. Es el año escolar 1949-1950, y la oscura cadena de acontecimientos que lleva a Marcos Pérez Jiménez al poder, suscita una seria actividad política en el Liceo. Tal vez una de las secuencias políticas que el abuelo no imaginó para su *Diario*, comienza a ser vivida por Guillermo. Se ha creado el Grupo *Cantaclaro*, de evidente eco galleguiano; y entre política y literatura, los jóvenes —como Guillermo— afrontan algunos acontecimientos de la ciudad. Aún gobierna Carlos Delgado Chalbaud cuando, con ocasión de un acto en el Centro Venezolano-Americano (un acto ligado a España), junto a varios de sus compañeros, Guillermo es llevado a la cárcel Modelo. Permanece preso durante tres semanas.

Guillermo Sucre ha venido escribiendo relatos desde el Liceo de Aplicación. Ahora, en el "Andrés Bello" colabora con la dirección del periódico *Espiral*. Y de estos meses surge un texto titulado *Soledad invertebrada*.

Ingresa a la Universidad Central de Venezuela para estudiar Filosofía. La huelga de 1951 entorpece este proyecto. La Universidad pierde su autonomía y el gobierno traslada al cuerpo académico desde los viejos salones, arcos y torrecillas de San Francisco, a la modernísima Ciudad Universitaria que Villanueva ha levantado en el este de Caracas.

Meses después doce estudiantes —como un reto a la dictadura militar, como una defensa al propio cuerpo universitario— toman las instalaciones de San Francisco. Entre ellos están Manuel Caballero, Eleazar Díaz Rangel, Rafael Cadenas. Guillermo Sucre es detenido allí; pasa dos semanas en la cárcel del Obispo, tres meses en la cárcel Modelo y, finalmente, en mayo de 1952, a los 19 años, debe salir de Venezuela. En Chile permanecerá hasta 1955. (*La capital austral acogió mis pasos, los vestigios/ aun recientes de mi país sobre la piel;/ día a día hasta mí llegaba su iracundo rumor...*). Cursa aquí Lite-

ratura, en el Instituto Pedagógico. Resulta fácil imaginar cómo el ágil muchacho del malecón y el río; cómo aquél fragmentario lector en la biblioteca de su abuelo; cómo el sólido soñador de la hacienda y el Manacal, se ha convertido ya en este hombre de 23 años: algo grave en su humor penetrante, callado hasta que el entusiasmo le permite seguir un pensamiento con calor, y en cuya mirada oscura parece haber una madurez precoz. Del niño que aun aguarda al borde del río, surge este observador que se asoma a otras aguas: las del lenguaje, de la escritura: a esa forma de la duda que es la literatura. Ahora, en Chile, se convierte en un lector incesante: lo dice esa parte de su primer libro (*Mientras suceden los días*), que debe haber sido imaginada o escrita aquí, en 1955.

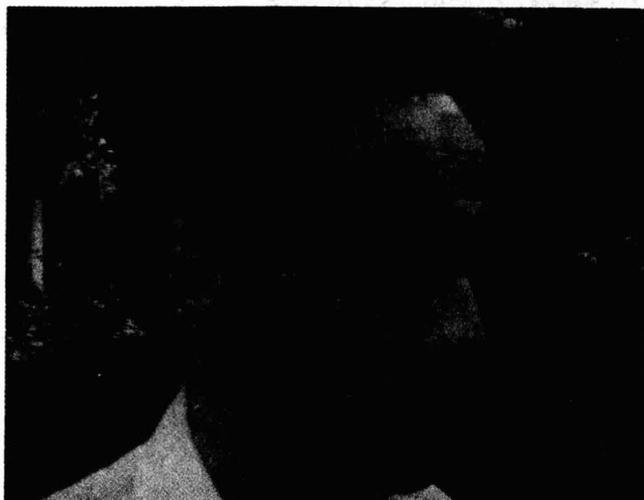
Este mismo año, a través de la Alianza Francesa, viajará a París, donde toma cursos propedéuticos en La Sorbonne. En 1956 el gobierno de Pérez Jiménez comienza a dar visas para algunos exiliados. Guillermo Sucre regresa a Venezuela, y permanece tres días en la Seguridad Nacional de Caracas. Como en un obligado circuito, la policía política lo lleva a la cárcel de Ciudad Bolívar. Allí estarán también Lairer, Bayardo, Pedro Espinoza. Y en otro pabellón de la cárcel encuentra al poeta José Rafael Muñoz, a José Vicente Abreu. A su lado, siempre, estuvo prisionero, también, José Francisco Sucre, su hermano. Aquí permanecerán hasta la caída del régimen en enero de 1958.

Desde dos años antes, en un Café cerca del Teatro Municipal, un grupo de narradores y poetas se reúne asiduamente, para conversar sobre literatura. La Seguridad Nacional sabe que no son inocentes tales encuentros; y muchos de los asistentes terminarán torturados en prisión. Pero al ser derrocado Pérez Jiménez, el grupo edita la revista *Sardio*, en cuyas páginas colaborará Guillermo Sucre. Diversos sectores políticos integran su cuerpo de redacción.

Así, al regresar a Caracas desde la cárcel de Ciudad Bolívar, Sucre prosigue sus estudios, ahora en la Escuela de Letras, donde se gradúa oportunamente; comienza a trabajar en la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, junto a Pedro Duno y Rodolfo Izaguirre; y concluye la escritura de su libro *Mientras suceden los días*, que no será publicado hasta 1961. El 14 de diciembre de 1958 se casa con Julieta Fombona, a quien había conocido en la Universidad.

Mientras suceden los días consta de tres partes, escritas en 1955, 1956 y 1957. Con frecuencia, en ellas el verso tiende a no ser breve, a asumir un denso ritmo que lo aproxima a la prosa. Con tal extensión, el poeta señala de algún modo que su frase no se acoge a límites prefijados; su lenguaje, sin embargo, es preciso y elegante: dedicado a mostrar imágenes sobre cuya sensualidad la reflexión avanza como *algo menos melancólico y aun lúcido*. Es verdad que son evocados los días del país austral, exaltadas algunas concreciones del amor y reconocidos ciertos asomos del éxtasis íntimo, dentro del día, del verano, de la soledad. Pero un tema subterráneo invade con sus estallantes anillos, estos versos de civilizada cadencia: la celebración del instinto. Al vértigo de esta fuerza, a sus *graves ceremonias*, al júbilo de su ascenso, a su *castigada jerarquía*, el poeta dedica la irradiación de sus palabras, prodigiándolos como centro de vida.

En 1959 vuelve a París, donde permanecerá hasta enero del 62. Esta vez lo hace becado por la Universidad Central de Venezuela y por el gobierno francés. Estudiará literatura francesa y emprenderá una tesis (nunca concluida) sobre César Vallejo. Cuando vuelve a Venezuela, pasa a ser profesor en La Escuela de Letras con las asignaturas Teoría Lite-



Guillermo Sucre

raria, Corrientes Literarias Contemporáneas y, desde luego, Literatura francesa. Trabaja en la revista *Zona Franca*, dirigida por Juan Liscano, en el Suplemento Literario de *La República*; y en 1965 concluye, como trabajo de ascenso en la Universidad, su libro *Borges el poeta*. Dos años después dirige la revista *Imagen*, y se edita su texto sobre Borges en la colección de la Universidad Autónoma de México. El mismo será traducido por Pierre de Place para la serie "Poètes d'aujourd'hui" (Seghers, París, 1971), y retomado por Monte Avila Editores de Caracas, posteriormente.

Borges, ese sacerdote del idioma y de la infinita copia de sí mismo (ambos laterales rasgos de su singularidad) logra en la cercanía de los años sesenta una difusión mundial. Lo cual no sólo inviste a la literatura latinoamericana de un nuevo carácter (el de Borges: al lado de los censos de ganado y otros localismos) sino que atrae a la crítica internacional hacia el insólito circuito de sus narraciones. Menos famosa, pero no menos importante, es la obra poética que Borges ha escrito desde su juventud.

Basta revisar los innumerables estudios sobre Borges (o las entrevistas que le hacen a diario), para corroborar que, casi siempre, las ficciones del maestro, así como sus ceñidos textos críticos, son superiores a quien trate de interpretarlos. Imán previo, Borges mismo los devora al ser frotado su lenguaje con el de los críticos.

En este sentido, el libro *Borges el poeta* de Guillermo Sucre se vuelve excepcional por varias razones. Una de ellas, evidente, es que constituye ya la mejor introducción (o complemento posterior) para la lectura de la poesía borgeana. Otra, su tono: conducente y discreto, ajeno a cualquier impulso por convencer. Otra, su estupendo capítulo acerca de la narrativa de Borges, y las conexiones entre ésta y lo poético. Otra (para detenernos), que al diseñar el texto sobre Borges, Guillermo Sucre el poeta está perfilando un territorio crítico en el cual se moverá más tarde. Destaquemos, entonces, sólo dos frases que Sucre escribe en el Prólogo a la edición de 1974: "De un escritor vivo, creo que decía Eliot, sólo es pertinente hablar en términos de autenticidad o no; la prueba de su grandeza es decisión del tiempo". Sucre se inclina por destacar la singular autenticidad de Borges antes de su grandeza. Y lo hace tomando una cita de Eliot, acerca de la cual (*creo que decía*) parece vacilar. Así se propone todo un programa de análisis, que toma la duda como apoyo teórico: la duda lúcida que originará juegos y riquezas de gran exactitud en su labor crítica. La otra línea del Prólogo dice:

“...los poetas son... más lúcidos que los críticos”. ¿Podía Guillermo Sucre, después de haber escrito su libro sobre Borges, seguir siendo el mismo poeta o el mismo crítico de antes? Entre 1968 y 1970, Sucre vive y trabaja como profesor universitario en Pittsburgh, dictando cursos de literatura latinoamericana. Para el 70, recibe una beca Guggenheim y se traslada a Washington. Luego, entre el 72 y el 75, regresa a Pittsburgh. Desde 1962 hasta 1969 escribe los poemas de su libro *La mirada*, que circulará en 1970.

En su primera parte, cierta prolongación de las frases pareciera guardar un eco, en este libro, del anterior. Pero el efecto es sólo formal: ya no existe la evocación encantatoria aquí, como tampoco en el resto del volumen. Y aun tal vínculo expresivo desaparece en los contenidos versos siguientes. *Las memorias han pasado* y un corporal presente adviene como objeto de percepción, de canto, de reflexión. El instrumento psíquico con que el poeta asume esta nutritiva realidad es, desde luego, la mirada. Pero en su forma sensorial y abstracta, en sus movi­lidades espirituales y físicas. La mirada (no el ojo) sigue a un cuerpo amado, a situaciones compartidas, a mutaciones de seres, lugares y momentos; pero vigila, asimismo, *el seco licor del lenguaje o la posibilidad de estar desnudos en el poema*: es decir, tanto las evidencias (o elusiones) temáticas de cada verso como su nacimiento y su organización verbal.

En 1975 Sucre vuelve a Venezuela, donde trabajará por dos años como Director literario de la editorial Monte Avila. Luego pasa a la Universidad “Simón Bolívar”, donde permanece actualmente dictando cátedras de Literatura. Bastante invisible en Caracas; dueño de una cordialidad que siempre pareciera saludar con algo de travesura y seriedad; acentuando sus conversaciones con una disponible sonrisa, Guillermo Sucre vive hacia El Paraíso, con su esposa y sus hijos. La casa —¿construida al final de los cuarenta?— se oculta tras una alta barda y un patio con árboles. Dentro de ella (ámbitos sobrios, vividos sin pasiones decorativas) hay siempre un humor acogedor, y algunos tragos accesibles. Por la ventana de la sala, resueltas ramas de mango, y hojas de caobos, a veces convertidas en color moscatel.

Entre 1969 y 1974 —estando en Pittsburgh, Washington y Silver Spring— Guillermo Sucre escribió los poemas de su libro *En el verano cada palabra respira en el verano*, publicado en 1976. Aunque en importantes revistas del continente ha continuado publicando algunos poemas, lo cual permite pensar en un volumen próximo, aquél es hasta ahora su última obra poética.

Una palabra, que asoma a veces en *Mientras suceden los días* y con cierta frecuencia en *La mirada*, se instala definitivamente en el título de este nuevo libro, y atraviesa con su esplendor numerosos textos del mismo: la palabra *verano*. La refractaria cualidad de ese título (*En el verano cada palabra respira en el verano*) refiere de una vez a la personalidad de los textos: fragmentos en prosa, prolongadas frases y versos, muy cortos, dotados de un mismo signo: su ofrecimiento de lectura fluctuante y, sin embargo, precisa. Como el título, los versos se abren hacia diversas disponibilidades del acento conceptual: y entonces podemos atender a una misma secuencia con variada libertad. Guillermo Sucre es, desde luego, un poeta profundamente visual: por ello la sostenida anuencia de cuanto es felicidad, su insistente tributo al cuerpo o a las cosas (*naranja/ olor de la vista*), vuelven a ensamblar una antigua constante de su poesía, dentro de imágenes y términos menos untuosos: vuelven a recorrer las ocultas instancias del instinto. Sólo que, ahora, el poema mismo es tam-

bién un comentario a otra forma solar de lo instintivo: la inteligencia.

Guillermo Sucre ha traducido al castellano poemas y textos de Saint-John Perse, de W. Carlos Williams, de Wallace Stevens, de René Girard; a la vez, hay poemas suyos en versión francesa, italiana e inglesa. También está en inglés su estudio sobre Octavio Paz: *Poetics of vivacity* (Universidad de Oklahoma, 1973).

Antes y después de su libro sobre Borges, Guillermo Sucre escribió numerosos ensayos críticos, en revistas latinoamericanas. Sin omitir visiones sobre ensayistas y problemas teóricos de la literatura; sin omitir acercamientos a algún narrador, dichos artículos tienen con frecuencia un centro común: la poesía. De allí que resultara bastante lógico el nacimiento, el desarrollo y la organización de un extenso ensayo suyo (escrito entre 1971 y 1974; publicado en Venezuela en 1975) sobre poesía hispanoamericana: *La máscara, la transparencia*. Como pocas veces en su historia, nuestro famoso Premio Nacional de Literatura quedó admirablemente justificado un año después, cuando fue otorgado a ese gran libro.

La máscara, la transparencia recorre, a través de 450 páginas, la poesía de América Latina desde fines del siglo pasado hasta hoy, desde los profusos maestros Darío y Martí, hasta poetas de naciente obra, deteniéndose también en algunas figuras españolas de ese mismo período. Al leerlo, no podemos olvidar que el ensayo y la crítica, en Venezuela y en el Continente, han sido desafortunados. Alfonso Reyes, Picón Salas, iban a necesitar la aparición de un Borges y, posteriormente, de un Octavio Paz, para que el juicio y la elegancia escrita no se perdieran en estériles discursos. En nuestro país, Juan Liscano, Orlando Araujo, Elisa Lerner (y ahora un interesante grupo de escritores recientes) responden por un ejercicio de la crítica culto y atractivo. Pero en ninguno de ellos será la poesía el tema central de sus exploraciones.

La máscara, la transparencia, que exige un deleitable detenimiento, una extensa manera de lectura, para ubicar sus conceptos centrales y, desde ellos, ramificar conexiones entre poetas y obras, entre sucesiones estilísticas y temáticas, constituye, en primer lugar, una forma múltiple para que Guillermo Sucre reflexione sobre la transfiguración del lenguaje poético en América Latina. Luego, el libro nos conduce a una seductora comprensión del universo verbal, en tanto que riqueza mental como reflejo y organización de la sensualidad. Una lectura erótica del idioma poético, un zig-zag que descubre la realidad escrita como transparencia y como máscara de cierta unidad espiritual: todos esos polos y encuentros se resumen aquí, en este ensayo que bien merece ser concebido como el estudio más extraordinario sobre poesía, en nuestra historia y en nuestra lengua.

II

Nada de esto conoce el muchacho de catorce años que se inclina sobre las aguas en el malecón de Ciudad Bolívar. Después, cuando sea hombre, serán otros los ríos y mares del mundo (también del lenguaje) a los cuales se asomará, ansioso y seguro de haberlo perdido todo.

Tampoco es necesario que sepa sobre su verdadera existencia, aun futura mientras permanece en el malecón. Porque realmente nada suyo, de aquellos catorce años, persiste hoy, sino esta página de *En el verano cada palabra respira en el verano*, donde un poeta que es él mismo, lo inventa para devolverse al pasado.